

MANECO (1923-1985), A LOS 40 AÑOS DE SU FALLECIMIENTO

Ese día, 15 de febrero de 1985, llegaba por fin la democracia por la que Maneco tanto había trabajado: caía la dictadura.

Jorge Batlle presidiría la sesión inaugural del Parlamento.

En reconocimiento a sus trabajos Jorge había llamado por teléfono a Maneco y lo había invitado al palco de honor. “Junto a Doña Matilde”, le dijo Jorge. Se refería a su madre.

Probablemente en los oídos de Maneco resonaron en ese momento los clarines del tiempo de Don Luis Batlle, esposo de Matilde, a quien Maneco había venerado.

Maneco y Jorge por algo no relevante se habían batido a duelo con sable hacia 15 años, antes de la dictadura, en los tiempos del país del honor. La lucha obsesiva por la democracia los había vuelto a hermanar.

Habían vadeado la sangre, que la había habido.

Jorge me contó varias veces a las risas ese duelo, cuidando de sanar siempre algún resquemor que hubiera quedado en mi familia. Sanos los tipos, carajo.

Durante un tiempo, en aquel oscuro país de autoritarismo, Jorge, cuya pobreza fue su honor, le llevaba a Maneco, los pesos contados, una yerba que a éste le gustaba.

Maneco, en aquel febrero de libertad y de inminente gloria, todavía sufría las secuelas de su tercera operación quirúrgica.

No se había querido operar antes de votar el último domingo de noviembre de 1984 en las elecciones democráticas después de tanto tiempo de dictadura.

Se hizo la intervención horas después de los comicios.

Se cuidó de dormir largo, ahora la noche previa a la democracia, para aparecer con aspecto saludable al día siguiente en el referido palco. Hacía meses que nadie le veía en público después de su intervención.

Un par de meses antes, en ocasión de que se le ofreciera a nombre del Presidente electo y de Wilson la embajada de París tuvo que ir por eso al hotel donde se armaba el nuevo gobierno.

Recuerdo que, pese a que éramos todos optimistas, le pedí a un amigo político que tenía responsabilidad en el protocolo presidencial que se encargara de que Maneco, todavía frágil, no tuviera que subir escaleras y tuviera fácil acceso al ascensor. Así fue.

La terapia había funcionado muy bien por tercera vez en cinco años, decía su oncólogo, pero el corazón lo había sentido.

El mal agazapado terminaría dando el luctuoso golpe el día mismo del triunfo: parca procaz.

La cita con la democracia ese día inaugural era a las 15 horas.

Se despertó poco antes de las 8 de la mañana. Le pidió a su hijo Pablo que le alcanzara un café. Sus hijos le hacíamos la guardia. Pablo fue a buscar el café y desde otra habitación oyó que Maneco ya no respiraba.

Corrió pero ya era tarde. Cuando yo llegué unos minutos más tarde ya el personal de emergencia médica se había rendido. Pelearon los muchachos.

Nos quedamos solos entonces con él, más solos que nunca.

Cruel desde ya, pero alguna incógnita piedad final lo hizo indoloro.

Pablo le había acompañado en las tres cirugías dentro de la sala de operaciones.

Desde ese momento final Maneco nos acompaña de otra manera. Dialogamos a veces con las muchas frases que nos dejó. Enseña el viejo.

Hoy hace 40 años de eso. Recuerdo bien ese día 4 décadas después.

El mes siguiente se me borró de la cabeza probablemente por el impacto. Solo recuerdo vagamente una de mis intervenciones en el Senado por un tema álgido.

Maneco me había sugerido que me sentara en el mismo sillón que él había ocupado. Algunas veces yo miraba el palco donde estaba previsto que Maneco estuviera, junto a Doña Matilde, aquel día de alegría y luto.

A veces Maneco, tiempo después de fallecido, creo que visitaba ese palco solo para cerciorarse que no nos olvidáramos ni un minuto de defender los trapos republicanos. Me daba cuenta porque

intuía su cariño.

Muy joven Maneco me enseñó a leer a Vallejo: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!/ Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,/ la resaca de todo lo sufrido se empozara en el alma... ¡Yo no sé!” A veces pienso que me estaba preparando.

He elegido hoy en su homenaje una frase sobre el sentido de la muerte extraída de un discurso por televisión que él pronunciara en la campaña electoral de 1971.

En esa época no existía el video y en la televisión no se grababa. Caminando los dos por la rambla, más solitaria entonces, Maneco me dijo en la tarde los 45 minutos de su discurso. Con precisión hilvanó cada párrafo y clavó el fin en el minuto indicado.

En la noche en el canal lo dijo en vivo exactamente igual, palabra a palabra. Yo estaba allí y recuerdo que a mis 20 años me asustaban las imperceptibles pausas de hilación.

Dijo textualmente, sentidamente, como lo había pensado. Era un mundo sin papeles auxiliares sino solo registros del alma.

Hoy es parte de su legado republicano:

“Pensamos como el poeta bíblico, que el hombre hijo de mujer vive brevemente entre miserias, es hollado como la flor de los campos y pasa como las sombras”.

“Pero creemos que, asimismo, esta vida tiene un sentido profundo más allá de que algún día llegará la hora en que lo perdamos todo”.

“El tránsito, el fin, después del cual nadie se lleva nada: ni riquezas, ni honores, ni acciones, ni gloria, ni palabras, ni fortuna”.

“Sino que le queda una sola cosa que es volver a la tierra. Pues que tierra vamos a ser, no olvidemos nunca que en el caso de casi todos ustedes, como en el mío, cuando volvamos a la tierra va a ser precisamente a ésta, a la uruguaya, a la nuestra.”

“Yo, que como ustedes soy hijo de una tradición milenaria que piensa que el hombre nada vale, que sólo vale lo que él haga al servicio de los demás, digo que cuando bajemos a esta tierra la única cosa que nos podemos llevar es la convicción muy honda de que más allá de risas o de lágrimas, de penas o de glorias, ella nos reciba como al hijo que no la traicionó.”

(Manuel Flores Mora, fragmento de discurso televisado el 1 de noviembre de 1971).

Gracias, viejo.

Manuel Flores Silva